

Y fué á tomar del divan su sombrero, que atusó con la manga.

—No sé, prosiguió con tono de forzada ó verdadera alegría; pero se me figura que tengo una idea que va á facilitar el desenlace de la comedia. Ahora son las diez y el círculo de los extranjeros no se abre hasta las once; tenemos tiempo.

Tendió la mano á Lola.

—Hija mia, vais á subir al carruaje y trasladaros á la casa del pequeño Pontalés. Es preciso que se encuentre en el círculo á las once. Allí estará también el nabab y debe retarle á un duelo.

—Pero... dijo Lola.

—Pontalés os ama como un loco, y vos arreglaréis el asunto. ¿Estamos convenidos?

—Nosotros por nuestra parte, prosiguió Roberto, tenemos á esos enamorados Enrique y Roger.

—En cuanto á esos, dijo Blas, por lo que ayer les he visto hacer, respondo de ellos.

—Eres un buen muchacho y has dado un golpe maestro! Yo voy á proporcionarle un adversario que estoy seguro tira las armas como el difunto Saint-Georges.

Después de esto me encargo de nuestro amigo Penhoel, á quien me obligo á volver mas manso que un cordero; tal vez vaya al palacio Montalt. En fin, que vaya ó no, hijos míos, valor; aun no está perdida la partida! De aquí á mañana tenemos tiempo, y os prometo que pasado mañana á esta

misma hora correremos en una buena silla de postas por el camino de Bretaña!

Franqueó la puerta y desapareció. Lola salió á su vez para ejecutar su promesa.

Su empresa no era de las mas difíciles: el jóven Pontalés se dejaba dominar por ella completamente y la amaba con una pasión excesiva. Desde que habia abandonado la Bretaña por seguirla, habia aumentado su cariño, y á pesar de que conociese el pasado de Lola mejor que nadie, se cegaba con placer, y hasta no estaba lejos de creer sinceramente que poseia las gracias de una gran señora.

Solos ya el Zalamero y Bibandier, pidieron el almuerzo; sentíanse animados, y sin embargo de que les era desconocido el plan de Roberto, tenían confianza en él.

Esta confianza la hubieran perdido tal vez si hubiesen pedido ver en aquel momento la silenciosa fisonomía de su compañero.

Roberto, que habia cesado de fingir tan luego como se habia apartado de su presencia, seguia ahora en efecto la calle de San Honorato con la cabeza baja y el aire desanimado.

Habia hecho como esos generales intrépidos que reaniman á todo trance el valor de sus soldados para la última batalla, pero que no esperan conseguir la victoria.

No era que creyese él que estaba sin recursos; únicamente su partida, que parecia tan segura la víspera, se habia deshecho en una noche; en lu-

gar de jugar un juego tranquilo y seguro, le era preciso recurrir á los medios violentos y espuestos; le era forzoso pagar con su persona, y Roberto no era hombre que gustaba del peligro.

Habia aparentado delante de sus acólitos tener un plan dispuesto y trazar una línea de conducta. Ahora que no tenia que responder mas que á las preguntas de su propia conciencia, se confesaba su turbacion y embarazo.

Ideas vagas se cruzaban por su imaginacion; entreveia el medio de empeñar la lucha, pero tenia tantas probabilidades en contra suya!

Y la derrota debia ser la pérdida de toda esperanza.

Despues de años de trabajos y penas le ponía la casualidad en equilibrio sobre el borde de un precipicio; no habia medio de retroceder: mas allá del abismo estaba la fortuna.

Pero era preciso saltarlo.

Y si le faltaba el pié se rodaba al fondo, donde amenazaba el tribunal.

El Americano sin saberlo se dirigia tal vez al palacio del nabab.

Por el camino trabajaba en coordinar sus ideas y ver claro entre las dificultades de su situacion.

Una ó dos veces se preguntó si no seria lo mas prudente abandonar la Francia. Pero hacia muchos años que alimentaba un proyecto que habia llegado á serle muy querido; miraba los bienes de Penhoel como si fueran sus propios dominios. Se-

gun él, lo habia despojado injustamente Pontalés. Era una naturaleza obstinada en sus designios. La idea de romper una trama casi completamente tejida y comenzar una empresa nueva, lo anonadaba. Profesaba un cariño que no podemos describir á aquellos bienes, que consideraba como suyos.

Penhoel, el patrimonio conquistado, el dulce y tranquilo reposo ganado con tantos combates y cuidados!

Desde su llegada á Bretaña no habia cambiado. Sus sueños eran siempre la pacífica vida del propietario, los honores políticos y la gloria de la comarca.

Es una cosa estraña, pero muy cierta: los ladrones de todos grados son seducidos por el pensamiento de esta trasformacion. Sonríen á la idea de retirarse de los negocios, ni mas ni menos que los abogados ó mercaderes.

Despues del trabajo, honrado ó no, el reposo. Hay muchas maneras de hacerse una fortuna, como se dice, y cada uno acaricia la idea de obtener su retiro.

Una vez rico se hace hombre honrado; se corona la vida de rapiñas con toda especie de acciones meritorias; se sabe que el mundo, siempre cómplice, prodiga á esos diablos que se han hecho ermitaños en la vejez, su venal estimacion y sus respetos de azar.

¡Penhoel! ¡Penhoel! el país bueno, los campos fér-

tiles, el lindo castillo, las aguas, los pescados, los bosques poblados de caza!

¡Es tan dulce la venganza! ¡Qué placer el de tomar la revancha del viejo Pontalés!

En todo esto tal vez había un lado pueril, pero era una pasión real, y la pasión por no poderse discutir es acaso menos irresistible.

Además, entre los contratiempos recientemente experimentados, el que hería á Roberto en la parte mas sensible era el robo de Blanca. Blanca era para él una legitimación de su derecho á la herencia de Penhoel: el débil carácter de la niña le era bastante conocido para no hacer entrar en sus cálculos la posibilidad de una resistencia eficaz.

Ahora que la había perdido, no recordaba que aquel proyecto de alianza estaba subordinado á las probabilidades de la vuelta del tío de América: lloraba á Blanca, y suponiendo que hubiese permanecido ó no para, le abría siempre la puerta del castillo.

Y en el trabajo mental que en aquel momento hacía, lo que procuraba reemplazar era Blanca.

Para esto no había mas que el mismo René de Penhoel.

Peró para servirse de René de un modo útil, la primera cosa que era preciso poseer, era la suma con que recuperar el castillo.

Roberto se ingeniaba. Despues se atravesaba repentinamente á las combinaciones del porvenir el peligro presente.

El nabab estaba delante de él, fuerte y armado con sus millones.

¿Era posible atraerlo, ó se le debía combatir como un enemigo irreconciliable?

Esta era la mayor perplejidad de Roberto. Tan pronto tenía deseos de corresponder á la invitación de Berry Montalt y comenzar con él una lucha de destreza, como retrocedía vencido, porque veía entre el nabab y él las sonrisas enemigas y burlonas de las dos hijas del tío Juan.

Su frente pálida se coloreaba entonces de cólera y se crispaban sus dedos convulsamente, mientras que una idea de sangre atravesaba su imaginación.

Ellas eran las dos jóvenes odiadas, las que habían suscitado todos los obstáculos en su camino! El ódio que les profesaba no era aquel ódio de comedia que tenía hácia el anciano Pontalés; era la aversión trágica á que es preciso la muerte.

Tal vez las temía, y ese temor adquiría sin embargo en su espíritu escéptico un carácter casi supersticioso.

El resultado de estas reflexiones fué que había peligro en poner los piés en casa del nabab, cuya invitación ocultaba tal vez una emboscada.

Una vez convencido de esto, era preciso volver hácia otro lado.

Roberto entró en casa de un escribiente y pidió recado de escribir.

Reflexionó durante algunos segundos, y despues corrió su pluma sobre el papel.

La carta era para el anciano Juan de Penhoel. Roberto conocía perfectamente al tío de las albarcas; sabía por dónde atacarle. Su billete, trazado en dos minutos, era una obra maestra de concisión y destreza. A la lectura de esas líneas debía hervir la sangre de Penhoel en las venas del tío Juan.

El buen hombre, á pesar de su apariencia tosca, era buen espada.

Roberto cerró de prisa la carta, entregándosela á un mozo de esquina.

—¿Quereis llevar esto al número... de la calle de Santa Margarita? dijo; subireis sin decir nada al portero hasta el último piso de la casa. Observando bien encontrareis la puerta de un desvan donde habita una pobre familia... Allí preguntareis por Mr. Juan; si no está conservareis la carta; si Mr. Juan está os preguntará despues de haberla leído... y le respondereis que este billete os ha sido entregado en la calle por dos jóvenes muy lindas, vestidas con jubones de lana rayada y cofias blancas.

El mozo de esquina levantó los ojos hácia Roberto.

—Eso es mucho trabajo, dijo.

Roberto le puso en la mano una moneda de cinco francos.

—Encontrad todos los dias lo mismo, buen hombre, le contestó, y podreis hacer algunas economías

para la vejez. Andad pronto. Se trata de una buena obra, y ya sabeis que la caridad se oculta.

El mozo no preguntaba tanto; guardó en el bolsillo la moneda y echó á correr mas ligero que una liebre.

Roberto en lugar de continuar su camino hácia el palacio del nabab, siguió á la aventura una de las calles que conducian á los Campos Elíseos.

Quería establecer en una hora la balanza de su situacion y volver despues á buscar á sus acólitos, llevándoles un plan completo y trazado.

A aquellas horas de la mañana hacia frio; los Campos Elíseos estaban desiertos; el Americano no podia escoger un sitio mas propio á sus meditaciones.

Así pues, se regocijaba su corazon cuando se encontró en medio de una plazoleta solitaria un objeto inesperado de distraccion.

Era un pobre diablo vestido con el traje de los presos militares, que dormia acostado cerca de un árbol, ó que al menos aparentaba dormir con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos amordadas de frio sobre la yerba mojada.

El Americano no tenia ningun deseo de ver la fisonomía de aquel hombre, y sin embargo, por un movimiento maquinal se inclinó al pasar á su lado.

Lo reconoció al momento.

—¡Vicente de Penhoel! murmuró con admiracion.

Despues vagó una sonrisa por sus labios.

Esta es la ocasion de renovar las amistades, se dijo tomando la fria mano del jóven.

Al primer contacto despertó Vicente sobresaltado, poniéndose en pié de un salto; hacia muchas noches que el pobre muchacho no habia cerrado los ojos. Al despuntar el dia, despues de la desesperada carrera que habia dado, se habia arrastrado hasta allí para evitar las miradas, y le habia vencido la fatiga.

Su primer movimiento fué huir, porque conservaba un vago recuerdo de los acontecimientos de la noche y creyó que iban á arrestarlo.

Pero sus piernas estaban transidas de frio y apenas si tuvo fuerzas para retroceder algunos pasos.

Roberto se adelantó hácia él, tendiéndole la mano con bondad.

—Pardiez, Mr. de Penhoel, dijo, no me esperaba tener tan feliz enuentro. Pero ¿por qué apareceis tan asustado? ¿No me reconocéis?

—¡Mr. de Blois! baluceó Vicente.

No se apresuraba á aceptar la mano que se le ofrecia, pero su mirada no espresaba tampoco una repugnancia muy decidida.

En efecto, Vicente ignoraba la parte que este hombre habia tenido en la ruina de los Penhoel. Una noche, si lo recuerda bien el lector, habia atravesado el paso de Port-Corbeau el hijo del tío Juan y llegado á la cabaña de Benito Haligan.

Allí se le habia dicho: René de Penhoel, la Se-

ñora y tu padre han sido echados del castillo; tus hermanas han muerto; Blanca ha sido robada.

Habia vuelto á partir como un loco.

Desde entonces no habia oido pronunciar una sola vez el nombre de Penhoel.

Habia reflexionado con frecuencia, ya poniendo en duda las palabras del anciano Benito, ya preguntándose si se habia consumado la ruina de Penhoel.

La idea de Roberto de Blois acudia entonces á su imaginacion; porque se acordaba de haber experimentado hácia ese hombre una repugnancia instintiva. Pero otra imágen se presentaba tambien pronta á su imaginacion y dejaba á Roberto en segundo término.

—¿Rehusais tomar mi mano, señor de Penhoel? dijo abandonando su sonrisa. ¿Despues de tanto tiempo recordais las insignificantes discusiones que hayamos podido tener en Bretaña? Mucho lo sentiria, caballero, porque he conservado hácia vuestra familia un reconocimiento sincero. Si me fuera permitido hablar así, diria que creo habérselo probado hasta cierto punto, y al hallaros aquí en una situacion que no me esplico, tenia la esperanza de proporcionarme la ocasion de haceros un favor.

Vicente bajó los ojos y guardó silencio.

—Señor de Penhoel, prosiguió Roberto, no tengo que pedir os cuenta alguna. Me habeis visto en otra ocasion en una posicion difícil y obligado á aceptar una hospitalidad que se ha prolongado por-

demasiado tiempo. Esa hospitalidad ha sido pagada despues, y quisiera convencersos de que teneis en mí un amigo.

Vicente levantó la cabeza y le miró de frente.

—Sé una parte de lo que ha sucedido, dijo; he visto á Blanca de Penhoel en compañía de esa mujer que llevásteis al castillo para usurpar el puesto de la Señora.

—¿Lola? exclamó Roberto moviendo la cabeza. Puesto que me hablais así, Mr. Vicente, es preciso que no sepais mas que una parte muy débil de los acontecimientos que han arruinado á vuestra familia. Lola, ¡á quien yo amaba tanto! porque aunque me cuesta rubor el decirlo, la amaba! Lola se ha vuelto contra nosotros, y se ha hecho la querida del hijo de Pontalés.

—¿Y el hijo de Pontalés no tenia sus miradas fijas en mi prima Blanca? preguntó Vicente palideciendo.

El Americano aparentó admirarse.

—¿No sabeis que fué él quien la robó? murmuró.

—Pero entonces.... comenzó Vicente, cuyos labios temblaban de cólera.

—¿Qué se yo? interrumpió Roberto acercándose al jóven, que esta vez no se alejaba; bien lo sabeis; como amaba tanto á Lola no he querido ver y nada he visto. He considerado con espanto, Mr. Vicente, la perversidad de esa mujer. Forzoso es decirlo; siendo la querida de Alain de Pontalés le ha ayudado á robar á vuestra prima.

Vicente escuchaba con aire sombrío.

—Hace ahora dos meses, prosiguió Roberto, como entregándose á sus recuerdos, que tuvo lugar la catástrofe. Pontalés nos echó á todos del castillo, señores y huéspedes. Vuestro tío René no poseia ya nada; yo por el contrario, he recibido por la voluntad de Dios algunos fondos de mi país, y me considero muy feliz habiendo podido facilitar á mi pobre amigo una parte de lo que conmigo habia gastado. Gracias á mis pobres recursos, evitan René de Penhoel, su noble esposa y vuestro padre, los efectos de la miseria, esperando dias mas felices.

El Americano pronunció estas últimas palabras con acento de verdadera emocion.

Enlazó su brazo con el de Vicente, que no opuso la menor resistencia.

—Pero vos, prosiguió, tendreis que decirme algo: hablad. ¿Por qué llevais ese uniforme que no es el de la marina, y os encontrais en este lugar?

En el momento en que iba á responder Vicente, se dirigieron sus miradas hácia la gran avenida de la Estrella, por donde pasaba una patrulla seguida de lejos por algunos gendarmes.

Dejó precipitadamente el brazo de Roberto para esconderse detrás de un árbol.

El Americano hizo un movimiento. Afectando apereibirse por la primera vez de un hecho que el traje de Vicente le habia revelado desde el principio de su entrevista, desabrochó su rico gaban de

invierno y se lo quitó vivamente, presentándosele al joven.

En semejantes instantes no habia cumplimientos. Nuestro fugitivo se puso la ancha levita, bajo la cual se encontraba cubierto su uniforme de preso.

—Semejante servicio hace olvidar muchas cosas, Mr. de Blois, dijo: os lo agradezco de todo corazón. Y se apretaron la mano con efusion mútua.

Los soldados pasaron cerca de ellos sin apercibirlos.

—Me queda por deciros, prosiguió Roberto, que vuestra familia y yo hemos hecho cuanto ha sido posible por hallar á vuestra prima Blanca.

—¡Yo la he encontrado! dijo Vicente.

—¿De veras?

—Para volverla á perder.

Vicente refirió en pocas palabras su evasión de la mañana y el nuevo raptó cometido en la persona de Blanca.

Al escucharle parecia reflexionar profundamente Roberto.

Representaba al natural el papel de un hombre que no tiene la menor idea de lo que se le cuenta.

—Esta vez no puede ser Pontalés, murmuró despues que hubo terminado Vicente; ¿estais seguro de que dentro del carruaje no habia alguna mujer?

—Habia dos hombres jóvenes.

—¡Dos jóvenes! repitió el Americano; ¿dos hom-

bres jóvenes! ¿Y no habeis advertido algun otro indicio?

Vicente recurrió á su memoria.

—¡Esperad! exclamó. En el coche iban tambien dos negros.

—¡Oh! dijo Roberto.

Luego añadió estrechando la mano del joven:

—¿Y qué direcion tomó el carruaje?

—Lo he perdido de vista allá abajo, dijo Vicente señalando con el dedo la esquina de la avenida de Marigny.

—¡Eso es! exclamó Roberto.

—¡Cómol dijo Vicente, que apenas respiraba, sabreis....

—¿Me parece que en otra época érais muy fuerte en la esgrima, Mr. Vicente? dijo Roberto en lugar de responder.

—Mi prision, replicó el joven, proviene de que maté en desafio en Madera á uno de esos fanfarrones de la marina francesa.

—Tanto mejor, porque la justicia es muy lenta. Y cuando se trata de una niña, de una niña robada.... Al menos Pontalés la queria hacer su mujer, mientras que ese hombre....

—Escuchad, dijo Vicente, cuyos ojos despedian fuego, y que hablaba de prisa y con los dientes apretados; si me poneis delante de ese hombre, os miraré como mi mejor amigo.

Roberto sacó su reloj, que señalaba las once.

—Venid, pues, Mr. Vicente, exclamó, y Dios os ayudel